

obstinados. Hablad, Señor, del modo que vos sabeis hacerlo cuando quereis ser escuchado. Haced, por fin, que dóciles á vuestra voz, os escuchemos con las disposiciones que se requieren; este es el único medio, para que vuestra santa palabra sea para todos palabra de vida eterna.

SERMON

PARA EL VIERNES DE LA SEMANA
DE PASION.

Collegerunt Pontifices et Pharisei concilium adversus Jesum (Joan. 11. v. 47.).

Verse precisado á dar una sentencia injusta de muerte, ó sufrirla con justicia; no poderse lavar de un crimen sino con otro crimen, y hallarse en el apuro de hacerse culpable para llegar á ser justo: esto es, sin duda, una necesidad la mas extraña, y el estado en que se hallaban los judíos del tiempo de Jesucristo. Caifás su pontífice lo dice así: Conviene que muera uno, para no perecer todo el pueblo; todos merecemos la muerte: nuestra nacion por dilatada que sea, no puede menos de arruinarse, sino buscamos la vida en la muerte de este hombre. Consejo sabio, pero cruel; ventajoso, pero injusto: sin embargo, él será el resultado del concilio mas bárbaro y mas funesto que jamás vieron los siglos; concilio en que se publicaron las causas, antes de proponer la materia, porque era injusto en

su sentencia, y tiránico en su ejecucion; concilio en que se resolvió sin pensar, debiendo pensar antes de resolver. Así se infiere del Evangelio de San Juan. No dice el sagrado texto que los pontífices y fariseos juntaron un concilio acerca de Cristo, sino que le juntaron contra Cristo: *Adversus Jesum*. Los concilios donde vota la razon, siempre fueron muy acertados; mas aquellos donde vota la voluntad, siempre fueron muy injustos. Porque ¿cómo podrá ver esta potencia del alma lo que es digno de premio ó de castigo, si la hizo sin ojos la naturaleza? El amor y el odio son los dos aires precisos de la voluntad, y el amor y el odio jamás fueron buenos para consejeros; porque ni el amor sabe ver delitos, ni el odio merecimientos. ¡O cuán feliz es un reiaio que tiene unos consejeros, unos magistrados, que votan lo que la razon les dicta, y no lo que la voluntad les pide! ¡Feliz patria en sus negocios, si los que los manejan dirigen la voluntad por la razon, y no la razon por la voluntad.

De este último modo procedieron los pontífices y los fariseos, y por eso juntaron un concilio contra Jesus. En él resuelven su muerte; ¿y por qué? porque hace muchas maravillas, porque da vista á ciegos, oido á sordos, habla á mudos, movimiento á paralíticos, libertad á esclavos, salud á enfermos, vida á difuntos. ¡Oh ingratitude! ¡Oh envidia! exclamaré con un padre de la Iglesia. Sí, esta fue siempre la pasion dominante de los judíos. El odio de los gentiles, la sangre de los Profetas, y la muerte del Mesías, fueron sus preludios y sus primeros efectos. Se vieron sus pro-

gresos en la persecucion de Pablo, en la lapidacion de Esteban, en el martirio de Jaime: passion monstruosa, que comprendia el furor de los insensatos, la crueldad de las fieras, y la malignidad de los demonios: San Juan Crisóstomo lo escribe. Aprovechémonos de esta pintura: forme ella todo el plan de mi discurso. Los envidiosos son insensatos, que vuelven sus propias armas contra sí mismos: *sicut furiosus*. Los envidiosos son bestias feroces que á nadie perdonan: *feris peiores*. Los envidiosos son demonios que se afligen del bien y se alegran del mal de los otros: *demonibus pares*. El furor, la crueldad, la malicia, tres caracteres que distinguen al envidioso: tres distintivos de la envidia: tres reflexiones que voy á hacer con la brevedad posible. Fariseos, si hay alguno en mi auditorio, vosotros os conoceréis por estos rasgos, y al conoceros no podreis menos de detestar vuestra bajeza.

PRIMERA PARTE.

Furor de la envidia. ¿Quién no teme el encuentro de un envidioso conocido como tal? ¿Y quién hay que no le conozca? su rostro, su voz, sus pasos, sus voces mudas que le manifiestan, un aire triste, un color pálido, ojos lívidos, un humor sombrío, un espíritu paliado, una conducta inquieta y poco segura, son señales de castigo para él, y de advertencia para los otros; y la Providencia las grabó sobre su frente: así lo hizo en Caín, patriarca de los envidiosos. En efecto, oyentes, ó bien seais vosotros mismos el ob-

jeto de su envidia, ó que el mérito y la felicidad de algun otro, la haya hecho nacer en su corazon, ¿no es prudencia evitar su conversacion y sus discursos? Porque si sois vosotros la causa sin causa de su passion, cuando vea mas de cerca vuestras cualidades ventajosas, la ciencia que os distingue, el favor que os apoya, el espíritu, la virtud y el poder que os elevan sobre él, mas vereis irritarse el fuego que le devora; y si el mérito de otro la excita, no hay calumnia que no invente, mentira que no emplee, para desacreditar el objeto de su envidia; y por tanto, no hay precauciones que no se deban tomar para alejarse de un hombre que puede corromper nuestra inocencia, y apagar nuestra caridad por sus detracciones.

Vosotros, oyentes, conoceis bien cual es el natural de la envidia: así como los furiosos no se echan sino sobre los que se les acercan ó para tratarlos, ó para curarlos, ó para hacerlos entrar en sí mismos, los envidiosos no se enconan sino contra los que les son mas unidos en la sociedad, por el parentesco, por la proximidad, ó por la profesion de unos mismos empleos, de unos mismos destinos, ó de unos mismos estudios. ¿Qué furor! envidiar la felicidad de un pariente que se debe amar; inquietarse de la fortuna de un amigo que jamás os ha ofendido; afligirse de las ganancias ó del haber de otro, mas que de las propias desgracias. ¿Qué ceguedad! Para este ser tan mezquino, el mérito es un crimen, y el otro sería inocente si fuera menos feliz. Es verdad; este discípulo de Caín no asesina

al objeto de su envidia, no le aleja de su vista como los hermanos de José, no le persigue enristrando la lanza como Saul á David; pero que sondee su conciencia, ¿no es la impotencia ó el temor de las leyes lo que le detiene? si su envidia fuese soberana como la de Saul, ¿respetaria ella ni la sangre, ni la amistad, ni los beneficios? Pero el envidioso no solamente es contra los otros, sino que tambien vuelve sus armas contra sí mismo. No apartemos la vista del furioso, y hallaremos en él su retrato. El loco corre, rasgados sus vestidos, sangriento su rostro, espumando su boca, víctima de su propio furor, sin tener descanso en parte alguna; y al envidioso sucede lo mismo: siempre agitado de melancolías mortales, de dia despedazado por todo lo que él ve ó sabe de venturoso en sus prójimos, de noche turbado por el recuerdo de su buena fortuna; en todas partes seguido de las fantasmas que le forma su pasion, no puede encontrar calma sino en sus desengaños, ni felicidad sino en sus desgracias; su alma, ciega para las cosas de Dios, insensible para su salud, sorda á la voz de los predicadores, incapaz de reflexion sobre sí misma, no tiene luces, sensibilidad, aplicaciones, ojos, sino para ver la fortuna de los otros y torcerla. Confesad, monstruos, que por males que querais procurar á vuestros enemigos, mas malos hareis á vosotros mismos, porque antes los otros podrán tal vez evitar vuestra malicia; pero vosotros no podeis escapar de vosotros mismos: vuestro enemigo se encuentra donde vosotros estais; vosotros le llevais en vuestro cora-

zon, ó mas bien él mismo os arrastra como un esclavo, y la pasion que os domina es á un mismo tiempo vuestro crimen y vuestro verdugo. ¿Y no es esto lo que dice San Juan Crisóstomo, que la envidia es una especie de furor que se arruina contra sí mismo, cuando parece que no medita sino la ruina de los otros?

Es necesario añadir con San Basilio, que esta ciega pasion es la que promueve en la sociedad el homicidio, la que desordena la naturaleza, turba el trato humano, no conoce las delicias de la amistad, y que es la primera que nos ha puesto las armas en la mano contra Dios. Es necesario decir, que si todas las pasiones son miserias dulces y seductoras, si la avaricia es una miseria rica, la voluntad una miseria alhagüeña, la ambicion una miseria brillante; la envidia es una miseria necia y absurda, y por consiguiente el envidioso un hombre raramente infeliz; porque esta pasion, despues de privar la razon para dar el furor de los insensatos, quita tambien la humanidad para revestir el carácter de las bestias.

SEGUNDA PARTE.

No hay duda; las pasiones trasforman á los hombres en brutos. La Escritura santa lo dice así: la ferocidad hace leones; la codicia lobos; el engaño zorras; la crueldad tigres; la impaciencia leopardos, y la malicia escorpiones. Las pasiones, dice San Agustin, son aquellos animales, sobre quienes ha dado Dios un imperio sobera-

no á los hombres. Si se saben dirigir, no dañan: si se desenfrenan, devoran: por esto los envidiosos merecen justamente el nombre de bestias feroces, cual les dice San Juan Crisóstomo; porque no complacerse sino en dilacerar el mérito y la virtud; declamar siempre contra aquellos que nuestro orgullo no puede sufrir que nos lleven ventaja; interpretar mal todas sus acciones nobles y gloriosas; despedazar la reputacion del prójimo por palabras sonrojadas, ya manifiestas, ya paliadas, ¿no es propio de los perros que rasgan y muerden á los que se les acercan? Háblase de un magistrado elevado en los primeros cargos, donde el envidioso no puede llegar. La fortuna es ciega, dice él, en la distribucion de los honores: antes los da al favor que á la virtud. Alábase á un sacerdote edificante en su conducta, intenta hacerle sospechoso, y apela al juicio de Dios que es el único que fondea los corazones. Se trata de un casamiento ventajoso, y si él lo percibe, ¡ah! ¿si se supiese el fin de este enlace? ¿si se tuviese noticia de las voces tan vergonzosas que corren? no se celebrarían las bodas; así habla: así es como nada se escapa á su cruel comezon de murmurar; y que mas insensible que los perros que se amansan por la comida, el envidioso se agría mas por los beneficios; digno por tanto, segun el Crisóstomo, de que se le trate con todo rigor, que se le prevenga por todas partes, y que se le eche con infamia de una sociedad sensata.

Pero aunque el envidioso se aleje de vosotros, no deja de hacerse temible; si su lengua respeta alguna vez la virtud, sus ojos la corrompen y

envenenan, porque son semejantes á los del basilisco que lleva el veneno en sus miradas: él es bastante parecido á aquellos astros malignos, cuyas influencias son mortales. Cuanto ve, tanto envenena y corrompe; San Bernardo piensa así. ¿Queréis ver como derrama un tósigo mortal sobre las acciones mas bellas? Que vea el maldito que una persona consagra algunos dias de la semana al ayuno, ó algunas horas á la oracion; esos no son, dirá él, progresos de la virtud, sino penitencia de sus pecados. Que sea testigo de vuestra liberalidad cristiana, que vea vuestras limosnas, mientras él es insensible á los suspiros del hombre, que sepa que empleais vuestra renta en santos usos y en obras pias, mientras que él prodiga sus tesoros en diversiones y desvergüenzas; ¡ah! esas no son caridades, dice él, esas son restituciones necesarias y forzadas. Que un hombre poderoso enlace con una muger, sin mas dote que su sabiduría y su virtud; aquí hay mucho misterio, dice él, aquí hay empeños que no se conocen; ¿y quién sabe si ya se consumó la obra antes de tener el dominio del terreno? Ved aquí como el ojo del basilisco derrama bruscamente el veneno de la envidia, sobre las buenas obras y la virtud.

¿Qué infelicidad! dice Jesucristo en su Evangelio. ¿Es preciso que vosotros hagais de mi bondad el objeto de vuestra malicia? ¿No podré yo hacer todo el bien que quiero? ¿Deberé medir mis favores por la regla de vuestra iniquidad, si no quiero exponerme á vuestras murmuraciones? No, no, murmurad cuanto quisierais; yo